
REFLEXIONES SOBRE EL PASADO Y SU INEVITABLE MANIPULACIÓN

Extracto del Discurso de Ingreso del Académico de Número
Excmo. Sr. D. Francisco Murillo Ferrol*

Hace tiempo que alguien dijo aquello de que el pasado de la Unión Soviética era impredecible: cambiaba casi al ritmo de las ediciones de la Enciclopedia oficial. Con menos virulencia y mordiente, acaso se pudiera decir de todos los pasados. En 1990, recién caído el muro coexistían en Berlín dos museos, que narraban de distinta manera un mismo pasado. El uno, Museo de la Historia Alemana, de Berlín Este, fue fundado en 1952 y albergado en la grandiosa Armería imperial del *Unter den Linden*. Fastuosamente presentado y rigurosamente cronometrado de acuerdo con los dictados del materialismo dialéctico. Se creó bajo la expresa directiva de probar la inevitabilidad histórica de la subida del comunismo al poder. Por su parte, el gobierno de Bonn había instalado con altos costes el Museo Histórico Alemán en Berlín Oeste, para operar como «verdadero» contraste a su homólogo del otro lado. Dos grandes y serios museos sobre dos dispares interpretaciones del pasado en una misma ciudad. Que se hayan unido o integrado después es pura anécdota; y en todo caso, resultado de la voluntad política *del presente*. El pasado es con harta frecuencia el parto de una acción política que lo pone en marcha como tal pasado; *para ahora*, se entiende.

De otra parte, me temo que el nacionalismo sea hoy la principal pulsión que fuerza a la manipulación (creación incluso) del pasado. Según los países, la etnia, o la mezcla de razas, el multiculturalismo o la dialéctica pugnaz e

* Sesión del día 21 de octubre de 1997.

implacable del pasado mismo como suele ser nuestro caso, inviten también a conformarlo. Pero creo que hoy por hoy es el nacionalismo el motor más descarado e impelente allá donde opera.

Y funciona para todos los escalones. El pasado se pergeña para apuntalar, legitimándolas, las aspiraciones particularistas de una pequeña aldea como de un gran país. Sólo que en este caso con más voz y más medios; y con la anuencia de más y más importantes historiadores. Nos ha tocado vivir una etapa en que esa forma del irracionalismo humano produce efectos en tantos lugares y en tantos momentos de este fin de siglo.

El pasado, cualquiera que fuese, está ahí desde el punto de vista humano. Incluso el que nos llega primariamente como carga genética es en una gran parte cultural, o sea, humanizado, socializado, o como quiera decirse.

Está después, en cada uno, la capa de la socialización primaria con su carga correspondiente. El pasado se suministra en clichés o estereotipos; válidos (que el juego de valores aconseja) para el presente. En gran parte serán, sin duda, resultado de la labor profesional de los historiadores, filtrada por los políticos.

Sobre todo ello flotará la memoria inyectada, al menos tentativamente, en cada coyuntura, como vehículo de ideologías políticas, propagandas diversas, etc. Y, por supuesto, el recuerdo idealizado, para bien o para mal, de cada ser humano de su propio pasado personal, ya que en definitiva todos somos un poco Proust sin talento.

En el pasado, los *hechos*, su recuerdo, su memoria, está filtrada al través de los hombres. Los que vivieron cada momento y quienes llegaron después. Es decir, está inevitablemente *teñida*. Hubo unos hechos, pero éstos pasan a ser memoria elaborada, humanizada en definitiva. Y si unos valores operan, eventualmente, transformando y si se quiere mintiendo interesada y descaradamente, no puede evitarse que haya otros valores que operen como hermenéutica, o sea, *interpretando*. Este escalón de la hermenéutica es insoslayable. En el hombre todo ello implica *interpretación*.

Sin duda, el pasado pasó irremediablemente. La cuestión es ¿qué pasó? Esto sólo es perceptible al través de las antenas humanas, que no dejan pasar gratis la información. Estoy percatado de que a nuestro alrededor no hay na-

da que sea «neutro», aséptico desde el punto de vista cultural y humano. Siempre habrá por medio lo que llamamos genéricamente ideología. Que impondrá por definición el enfrentamiento, la pugna latente o explícita.

Pese a todo, estamos tan aferrados al relato, a la dependencia del pasado, que creemos vivir de tradiciones, que en definitiva también se inventan antes o después; más bien después. Estoy persuadido de que los nacionalismos que andan amargando los últimos días del siglo xx, sueñan con ofrecerse como nacionalismos fósiles; es decir, poder apoyarse en el registro fósil. No debe de ser fácil cuando hasta ahora, que yo sepa, ninguno de los afanosos iluminados del nacionalismo han esgrimido un trilobites o así, marcando con señales indelebles de millones de años la adhesión a su partido. No creo, sin embargo, que hayan perdido la esperanza.

Entretanto, cada uno hace lo que puede. En enero de 1990 la prensa anunció la reapertura del Museo del Iraq, tras el cierre de ocho años, como resultado del final de la Guerra del Golfo. Es uno de los más grandes del mundo; y podía haberlo sido más, si parte de sus posibles fondos no estuviesen desde hace mucho repartidos entre el *British Museum*, el Louvre y algunos americanos. El gobierno iraquí ha fomentado las excavaciones, ansioso por demostrar que el Iraq no es un Estado «artificial», sino el sucesor de una antigua civilización. Las guías turísticas dan por supuesto que Sumeria y Babilonia fueron culturas árabes primitivas y recuerdan que Babilonia, como el Iraq moderno, tuvo que luchar contra los persas. En el campo teórico y respecto al racismo recuérdese el desorbitado ataque contra el eurocentrismo disparado por la polémica de *Black Athena*, desencadenada por Martin Bernal en dos volúmenes hasta ahora, más los prometidos: *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization*²³. Hasta 1996 parece que no han comenzado a salir refutaciones serias, de este intento de apagar los humos del «varón europeo muerto».

Lo que resulta extraño es que las cuevas prehistóricas, tan famosas, no hayan sido ocupadas por el nacionalismo que toque, para utilizarlas como instrumento de legitimación y propaganda. Son un buen objeto para lo que andan siempre buscando: la sublimación, o sea, el tránsito directo del estado sólido al gaseoso, de los intereses a los sueños y la ideología. El apoyo valdría la pena.

El hombre es socializado para ver la realidad desde el prisma de su *tempo* histórico (por supuesto, el que está vigente en la sociedad de que se trate) y esto ya lo condiciona todo. Automáticamente referirá a ese ritmo temporal su vida y la de los demás. Y cuando se ponga a hacer ciencia, también quedará atenzado en ese marco, de suerte que cuando se vea forzado a superarlo lo ten-

drá que hacer a través de una consideración «especializada» que maneje *tempi* diferentes: la del geólogo y el biólogo, la del paleontólogo y a veces la del prehistoriador. Y digo a veces porque como propendemos a explicar la prehistoria «desde» la historia (puesto que presumimos de conocer ya el final del cuento) y no al revés, aquélla, la prehistoria, queda en realidad incluso en nuestro propio marco temporal, ayudando la misma escasez de fuentes a forzar un largo trayecto en moldes estrechos, como si de ortopedia se tratara, con pérdida de los específicos caracteres del proceso así violentado. No anda lejos el recuerdo del mito de Procasto.

Es preciso, pues, por una parte, bajarnos los humos, hacer constantes ejercicios de humildad; pero por otra, trascender el límite histórico, demasiado antropocéntrico, que nos hemos vestido convencionalmente y que nos impide advertir nuestra radical inserción en un mundo que nos desborda por todos lados. Lo cual, si se mira desde los módulos usuales, suponga también acaso un doloroso ejercicio de humildad. Porque puede muy bien suceder que esa limitación antropocéntrica de nuestro cosmos histórico venga impuesta por la estructura misma de nuestro cerebro y de nuestra razón.

¿Nos planteamos las circunstancias que concurren en cada caso para que se escriba la historia? Las del autor o autores, las del momento en que se escribe (o se decide escribirla), el estado y la tentación de las fuentes; la oportunidad personal o política o religiosa, etc., de hacerlo. Y tantos supuestos más que confluyen en cada momento. No paramos mientes en ellos. Tal vez sería útil emplear esa distinción que emplean los filósofos entre contexto de justificación y contexto de descubrimiento. El padre Flórez, don Modesto Lafuente, el conde de Toreno, don Américo Castro, don Claudio y tantos más. Cada uno se debió de sentir solicitado por «sus cosas».

Últimamente, el pasado. Los historiadores nos ofrecen (y ya hacen bastante) «su» visión de él. No sólo es fácil, sino obligado, manipular este pasado según el punto de vista, la situación, la ideología de quien lo considera. Tiene que ser así.

En el fondo, es la incapacidad de nuestros medios para conocer el pasado. No valen sólo las quejas de las escuelas y tendencias lamentando los fallos de las otras. Achacar a la historia política limitaciones que han de corregirse con historia social y económica, por ejemplo. Todo ello puede ser cierto, pero minúsculo, grotesco, según lo que permanecerá ignorado. Depurando el enfrentamiento, tan sonado, don Claudio-Américo, nos queda muy poco entre los dedos, comparado con todo lo que seguiremos sin saber. ¿Qué es eso

tan sobado de que el pueblo que no conoce su historia está condenado a repetirla, atribuido, creo, a Santayana? Al contrario, también podría decirse que los pueblos que conocen *demasiado* su historia (o tratan de hacerlo) caen (*o es para caer deliberadamente*) en el morbo nacionalista o en algún otro por el estilo que esté por inventar: ¿No es más bien que se *construye un pasado* para repetirlo o para evitarlo? En cualquier caso lo que nos guía es la preocupación —con su enorme carga— del presente. Ahora es cuando nos acucia todo, incluso la supuesta carga a incluir en la inevitable mochila que nos cuelga de las espaldas.

«El hecho —dice Carr— es que hoy nadie desea seriamente trastocar los resultados de la conquista normanda o de la independencia norteamericana [...], y por eso nadie protesta cuando el historiador los trata como asuntos terminados». Cosa que no ocurre ciertamente con la revolución soviética, por ejemplo¹. Los acontecimientos se pudieron haber planteado como pasando de otro modo. Es la permanente cuestión de lo que pudo haber sido y no fue; el viejo problema teológico de los futuribles. Probemos a rellenar el planteamiento del historiador británico con sucesos y fastos ibéricos de diversa antigüedad. Los resultados nos serán muy expresivos y sorprendentes. Las hazañas del Cid y los viajes de Colón; la supuesta guerra de la Independencia y las consecuencias de la guerra de Sucesión; la república de 1931 y la rebelión militar de 1936. El historiador se verá obligado a decidir continuamente lo que fue y no debió ser y viceversa. Acuciado en todo caso por urgencias del presente. Políticas en definitiva, mientras no se demuestre otra cosa.

Con expresión feliz, dice el historiador García Cárcel: «El historiador parece condenado [...] a mero normalizador o legitimador de la realidad, a organizador del olvido, precisando qué y cómo se debe recordar. La elección no está entre tener o no tener un pasado, sino qué pasado tener. Los historiadores tienen la responsabilidad de seleccionar el pasado a memorizar y enterrar lo que hay que olvidar. Puestos a administrar el olvido, muchos historiadores se han subido al carro de la política»². El historiador y el político, juntos o separados, son, por tanto, los usuales administradores del olvido.

Podríamos preguntarnos toscamente por quién en definitiva administra el pasado. La sociedad sin más; abstracta y dispuesta a cargar con todo. Los historiadores. Los políticos. Grupos que manejan y representan intereses. Las capas sociales hegemónicas que lo manipulan a su favor. Cabría alargar la

¹ Edward Hallet Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix Barral, 1965, págs. 130-131.

² «Historia y Revolución», en *La Vanguardia* (Barcelona), 30 de septiembre de 1991.

lista y admitir asimismo la cooperación de los diversos factores, en un juego mixto.

También hubiera de distinguirse entre quienes realmente lo manipulan y quienes contribuyen a su divulgación. Escuelas, libros escolares, los medios de difusión colectiva en cada momento, literatos, artistas, etc.

Resulta eficaz el sistema de las Iglesias cristianas de controlar el pasado. En especial, claro, la católica, por la vigilancia constante, profesional, del Vaticano. Supongo (sólo supongo) que lo mismo ocurre con el judaísmo y con el islam. Lo decisivo es el «Libro». Cualquier herejía «presente», actual, sería como un intento de borrar pasado.

Los archivos son un arma excelente, cuyo valor van a advertir pronto los Estados modernos. Como ha dicho Trevor-Repor, al terminar la etapa napoleónica *l'ancien régime* parecía lo suficientemente lejano como para que sus secretos de Estado no necesitaran la protección de lo arcano. Y las mismas guerras que ayudaron a crear los archivos contribuyeron también a hacer a los historiadores profesionales que iban a utilizarlos. Leopold von Ranke, al que se tiene como fundador de la historia profesional, afirmarí­a que la escuela alemana de historiadores —su escuela— surgió como reacción frente a las ideas napoleónicas.

Sabido es que el corso intentó concentrar en París todos los archivos que hoy llamaríamos nacionales. El Vaticano resistió y hasta 1920 sobre la puerta del archivo papal subsistió la amenaza de excomuni­ón sobre quien la traspasara, sin ser, naturalmente, funcionario. La «apertura de los archivos» por parte de León XIII en 1883, supuso confiar en historiadores profesionales y serios aunque no fuesen católicos. En todo caso, la historia no se puede dejar al enemigo; los archivos son un importante arma, y hay que cuidar la solvencia de quienes han de manejarlos.

Existe sin duda un pasado registrado por la historiografía. Escrito. Es decir, un pasado filtrado por los historiadores y en definitiva digerido por la colectividad de manera más o menos explícita e intelectualizada. Incluso leyendas o tradiciones que pudieron ser orales en sus comienzos acabaron plasmándose en relatos más o menos acabados, pero ahora elaborados por mecanismos racionales y profesionales. El pasado pervive en el presente, en forma de las posibilidades que nos lega. Hace años que nos lo recordó Zubiri y ya nos encargamos de convertirlo casi en t­ópico usual. Y sin duda hay una memoria del grupo que está encapsulada en cada uno de los usos, los modos, los tics sociales. Por no ha-

blar del lenguaje. El habla es puro repositorio, casi siempre ignorado, de antecedentes, de orígenes, de comienzos y de variaciones.

Hay un pasado implícito y una construcción teórica referida a ese pasado que antropólogos y sociólogos van a suponer como memoria colectiva. Puede ser apasionante seguir hacia atrás, desde ahora, los meandros de una inacabable fluencia temporal que nos parece viva en mil rasgos de la tribu o del país que envuelven al antropólogo y al sociólogo. Abunda y es muy buena la bibliografía referente a este campo.

Pero hay otro «pasado» más cercano al poder político y a la hegemonía de las capas influyentes *de ahora*, que se esgrime en apoyo o en desdoro de su legitimidad.

Pongámonos un poco en claro. O al menos, intentémoslo. No se manipula en realidad el pasado. Éste en cuanto tal, sucesión temporal de acontecimientos, pasó; cristalizó en las ondas del tiempo, como es su deber. Pero, ¡vaya usted a saber cómo fue! Fuera como fuese, sin embargo, está ahí, incógnito en definitiva. Lo que se manipula es el recuerdo, la memoria, los *supuestos datos* que nos quedan de aquél. Se trata, pues, de un manejo, un tratamiento de cosas *presentes* desde el presente. Se las hace valer figurativamente como *el pasado*.

Cosa distinta es que aún en el caso de acontecimientos inmediatos, recientes, la perspectiva, la ideología y las circunstancias subjetivas impidan casi siempre preguntarse por «la verdad» en los hechos humanos. El llamado «efecto Rashomon» tiene que ser uno de los pilares básicos de la gnoseología social. Los puros hechos son relativos y sujetos a interpretación. La coleta hermenéutica es inevitable. Pocos se aceptan por todos; sólo los obvios y muy generales; a partir de los cuales funcionan las interpretaciones, ideologías e intereses. Y aun así, cabe «ensombrecer» alguno de estos hechos obvios frente o al lado de otros. Se ocupó la Bastilla en 1789; Fernando VII murió en 1833; se proclamó la segunda República en 1931; Franco murió en 1975.

Pensemos en lo poco que indican estos *puntos de apoyo* desnudos. Incluso si un «hecho» importante es fingido o supuesto, todo lo demás que quiera derivarse de él puede ser muy importante y acarrear las consecuencias que se tercién. Hobsbawm lo dice con su autorizado radicalismo: «La historia que llega a ser parte del fondo de conocimiento o la ideología de la nación, Estado o movimiento no es lo que realmente se ha conservado en la memoria popular, sino lo que se ha seleccionado, escrito, pintado, popularizado e institucionalizado por aquellos cuya función es hacerlo. [...] Todos los historiadores, cualquiera que sea

su propósito, están implicados en este proceso en tanto que contribuyen, conscientemente o no, a la creación, desmantelamiento o reestructuración de imágenes del pasado que pertenecen no sólo al campo de la investigación especializada, sino a la esfera pública del hombre como ser político³.

Se descuida con frecuencia que la supuesta memoria colectiva deba su existencia a alguien; que alguna mano la haya impulsado para echarla a andar. Y, por tanto, que pudiera existir un «propósito».

En gran medida, respecto al recuerdo, a la memoria del pasado, estamos en las manos, «profesionales» si se quiere, de los historiadores. Caemos en sus manos con el mismo descuido y confianza con la que descansamos en las de los médicos, biólogos o ingenieros. Por no hablar —como aparentemente más distantes— de las de los químicos, los físicos, los cosmólogos. Naturalmente, ya sabemos que por definición el peso de la distorsión ideológica es diverso en unos y otros. El problema es de *Wissenssoziologie* y no lo vamos a traer aquí.

Porque el condicionamiento que pudiéramos llamar político es decisivo en el terreno del pasado histórico. Connerton, por ejemplo, recuerda cómo la tercera República francesa y la Alemania guillermina invirtieron capital simbólico en tradiciones que les fueron rentables. El día de la Bastilla llegó a fecha histórica en 1880, y en Alemania la guerra franco-prusiana llegó a ser un acontecimiento histórico en su vigésimo quinto aniversario, al instituirse una ceremonia conmemorativa en 1896. En ambos casos la circunstancia en que se producían mostraba su función ideológica. En Francia, la burguesa republicana moderada situaba un rito como parte de su estrategia para contener la amenaza de los enemigos políticos de la izquierda. Esto había de lograrse por la reafirmación anual de la nación de 1789, en la que los símbolos de la tricolor y la Marsellesa, junto a las referencias a la Libertad, Igualdad y Fraternidad, recordaban al ciudadano de la tercera República —periódicamente— el hecho unificador de la identidad francesa.

En Alemania, el régimen de Guillermo II arbitró ceremonias como parte de su estrategia para asegurar a un pueblo que no tenía definición política antes de 1871, que sí gozaban de identidad nacional. Había de conmemorarse la unificación germana de Bismarck como una experiencia histórica nacional compartida por todos los ciudadanos del nuevo imperio. Ejemplos más modernos que

³ *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, 1986, ág. 13.

aduce el mismo autor pudieran ser la conmemoración de la supuesta defensa heroica de Massada en la revuelta judía contra los romanos el año 66 de nuestra era, de importancia obvia para la identidad nacional del nuevo Estado de Israel. Y la celebración por el Sha del Irán del 2.500 aniversario de la fundación del Estado persa y su monarquía por Ciro el Magno⁴.

Por lo que a nosotros se refiere, José Álvarez Junco ha mostrado recientemente cómo la expresión «independencia» para caracterizar la guerra contra la Francia napoleónica no comienza a utilizarse hasta una década después de los hechos. Se usa preferentemente «revolución», que estaba más a mano. Comienza a despuntar en el trienio de 1820 a 1823. Parece que sólo a partir de 1833, ya con una clara intención nacionalista, se generaliza su empleo. «En resumen, pues, el nombre «guerra de la Independencia» es una creación cultural como cualquier otro de los conceptos que utilizamos para interpretar el mundo. No surgió durante los sucesos de 1808-1814 sino más tarde, en los primeros años veinte, y probablemente en relación con la rebelión de las colonias americanas, aunque no apareció como título de obras hasta los primeros treinta y no llegó a estar consagrado definitivamente hasta la segunda mitad de los cuarenta». Su sacralización ceremonial política se va abriendo paso con poco entusiasmo, ocurre tardíamente y no llegan sus símbolos a suscitar el fervor que los franceses allá⁵.

La lectura del *Diario de Sesiones* de las Cortes deja entrever a menudo la falta de fervor, de entusiasmo por parte del pueblo, supuestamente tan lanzado a combatir la intromisión extranjera. Se discute reiteradamente la posibilidad de la redención a metálico de los reclutas. Se despliegan muchos argumentos en su favor, y aparte el hecho de que la Junta necesitaba más el dinero que los hombres, se desprende que era grande la demanda del subterfugio por una parte de la población. El sistema, como se sabe, arraigó muy bien: ha llegado prácticamente hasta nuestros días. También hubieron de ocuparse las Cortes reiteradamente de las desertiones, preocupantes al parecer en algunos momentos; hasta el punto de proponerse el sistema de destinar a los soldados lejos de su lugar de origen, para alejar así la tentación próxima. Sistema, por cierto, usado hasta muy recientemente. Todo ello sin suscitar escándalo ni extrañeza entre los diputados que lo discutían. Todo ello me llevó a pensar cuando lo leí en la

⁴ Cf. Paul Connerton, *How Societies Remember*, Cambridge University Press, 1989, págs. 51-52.

⁵ «La invención de la guerra de la Independencia»: *Claves de Razón Práctica*, núm. 67, noviembre de 1996. El párrafo literal corresponde a la página 19.

existencia al menos de un patriotismo tibio que no emparejaba con el arranque unánime y heroico que se nos había acostumbrado a pensar.

* * *

Es obvio que los seres vivos y la Tierra, y los astros y las cosas viven con escalas diferentes y propias. El problema será la medida en que un ser con conciencia como el hombre pueda manejarse en esa variedad de duraciones, sobre todo apoyándose siempre en la suya propia, de unas cuantas décadas. Someternos continuamente al módulo de la duración de la vida humana significa producir una distorsión estructural y continua en la percepción de la realidad. El crecimiento de las cifras nos desconcierta en este campo. Parece —he leído en la prensa— que según los datos obtenidos al través del Hubble se han señalado dos planetas con posible vida en una galaxia de la Osa Mayor (o Menor, no recuerdo). Están a 35 años luz (unidad de distancia, no de tiempo) de nosotros. Por tanto, en el supuesto de que utilizáramos las señales de radio para entrar en contacto, habríamos de esperar setenta años para recibir su eventual respuesta. Más aún: como ha observado Jorstein Gaarder, cuando los radiotelescopios captan ondas de galaxias lejanas que se encuentran a miles de millones de años luz de distancia, registran el aspecto que tenía el espacio en el tiempo primigenio, justo después de la «gran explosión». Todo lo que los seres humanos vemos en el cielo son «fósiles cósmicos» de hace miles y millones de años. Lo único que puede hacer un astrólogo es predecir el pasado⁶.

Por ello, con cautela, ya se precavía un lingüista: «La predicción es simplemente el anuncio anticipado de un suceso. Pronóstico es la predicción fundada en observaciones, en conjeturas y en apariencias externas. Vaticinio es la predicción que tiene su origen en un don, en una autoridad que el hombre se atribuye. Profecía es la predicción inspirada por Dios»⁷.

Podríamos preguntarnos: ¿En qué medida lo que llamamos historia no caerá con frecuencia en una de esas categorías que tan impecablemente señalaba Joaquín de Mora? La ajetreada memoria colectiva, los mitos, las conmemoraciones, los aniversarios y centenarios, las efemérides (sugestivo vocablo, ciertamente; véase el Corominas) no son en definitiva más que las ortopedias y

⁶ *El mundo de Sofía*, Madrid, 1995, pág. 631.

⁷ José Joaquín de Mora, *Colección de sinónimos de la lengua castellana*, 1855, apud *Diccionario Manual de Sinónimos y Antónimos*, Nueva edición de Blecua del clásico de son Samuel Gili Gaya, Barcelona, 1991, pág. 509.

aun prótesis con que se pretende corregir la cojera de las memorias individuales, sujetas a su fatal limitación. Tanto, que algunos de esos darwinistas puntillosos que andan por ahí afirman que la evolución aún no ha producido un cerebro capaz de funcionar manejando las perspectivas de las diferentes escalas de tiempo. Nuestra cabeza (inteligencia, sea lo que fuere, y sensibilidad) tiende a funcionar para las cosas próximas. Aunque necesitemos manejarnos, para vivir, con un cierto grado de previsión. No es paradoja que necesitamos la incertidumbre. Somos contingentes, y precisamente de una contingencia disfrazada de fatalidad. Telúrica, sideral o cósmica, como se quiera. Este vacío de certezas es lo que suele llenarse de buenos deseos. Es lo que hace la política y también lo que llamamos cortesía. Buenos deseos, incluso en las circunstancias más improbables: se anima a quienes acaban de sufrir una catástrofe, y se desea felicidad a los que acaban de contraer matrimonio.

Tenemos un horizonte lejano de incertidumbres radicales y no ciertamente baladías: el amor y el dolor, el mal, la enfermedad, el envejecimiento, la muerte, la sobrevivencia. Nada menos que todo esto constituye nuestro confín remoto. Pero ello nos hace necesitar certezas próximas. Suelo ponerme pesado diciendo que el hombre es un animal de cercanías. No se trata de un cómodo similitud ferroviario; quiero simplemente decir que necesitamos una frontera de certezas próximas, táctiles, inmediatas que nos envuelva como una nube y vaya enmascarando nuestra inquietud respecto a lo radical, a lo que en definitiva nos importa últimamente. Y al propio tiempo nos proteja en un mecanismo de defensa. Porque no podríamos vagar a la intemperie permanente de aquello que los catecismos ingenuos nos señalaban medrosamente como postrimerías. Jorge Luis Borges lo ha dicho como suele: «Vivimos postergando todo lo postergable; tal vez todos sabemos profundamente que somos inmortales y que tarde o temprano todo hombre hará todas las cosas y sabrá todas las cosas»⁸.

¿Quién puede asegurar que aparte el *tempo* geológico, pausado aunque tal vez catastrófico para el hombre, por arriba, y el *tempo* inconcebiblemente veloz de las partículas atómicas, por abajo, no ocurren cambios que pretendemos percibir con nuestra retícula humana y que en realidad obedecen a ritmos de escala distinta?

Aparte de los que no conozcamos de hecho, porque operen con escalas de siglos, o, más propiamente, de número crecido de vueltas de la Tierra alrededor del Sol, los propios acontecimientos humanos se nos quedan grandes. Y

⁸ *Funes el Memorioso*.

acudimos a ponerle parches de utillaje mental a los aconteceres, supuestas y útiles «categorías».

Cuántas «revoluciones» no fueron vividas por sus protagonistas, sino que son el resultado del bautismo *a posteriori* por los historiadores. La industrial o la informática entre ellas. Y luego está el miedo a perderselas. Condorcet fue de los pocos «ilustrados» ilustres que llegó a vivir la revolución. Al tiempo que también iba a ser de los más olvidados entre los inolvidables. Lo que sucede es que ni Condorcet ni los demás tuvieron conciencia de lo que estaba comenzando. Por eso, uno modestamente siente a menudo el temor de que le esté ocurriendo lo mismo: vivir el comienzo de la Revolución francesa sin darse cuenta. Cierto que nadie, en escena, puede irse a la Guerra de los Treinta Años, pero por lo menos debiéramos tener el instinto de advertir cuándo se aproxima el terremoto. Presentir el temblor del gran acontecimiento, de la gran inflexión de los tiempos, cuando en realidad nos obstinamos en no ver sino la continuidad rutinaria de lo que venimos viviendo.

Algunos sociólogos han hablado del síndrome de Fabrizio, para referirse a la situación del personaje de *La Cartuja de Parma*, de Stendhal, que se encontró metido en el embrollo de Waterlloo, sin saber que había presenciado la decisiva batalla. Don Diego de Saavedra Fajardo, con todo su indudable talento, plenipotenciario en Münster, no pudo tener conciencia del peso «marcador» para la historia que tuvo la Paz de Westfalia. Al pasado se le da densidad en el presente; lo que quiere decir, luego de una pausa histórica, que no podemos predecir de antemano porque desborda nuestra escala vital.

Impresiona pensar el cúmulo de «actos de amor» que fueron precisos para que yo me encuentre hoy aquí. Y para que yo sea como soy. Es una cadena interminable que va hacia atrás muy lejos, pero que se pierde muy pronto de vista, como un camino en la niebla. Miles y miles de veces sucesivas y simultáneas (porque son siempre dos ramas las que confluyen) parejas han hecho el amor para llegar a este resultado que soy yo. En un proceso que me es prácticamente desconocido. Porque aun quien crea tener muy claro su árbol genealógico, y dando por supuesto que su conocimiento sea cierto, sólo tendrá noticia de un breve tracto del proceso, y en todo caso, está condenado a ignorar las circunstancias de las múltiples procreaciones que conducen a él.

En la larguísima cadena puede haber de todo. Un antepasado bárbaro y belicoso acaso violó, fecundo, a una doncella. Otros vivieron matrimonios legítimos según la legitimidad de su sazón. Puede haber adulterios y bastardías. Uniones de amor y matrimonios de conveniencias. Relaciones continuadas y per-

manentes o ayuntamientos fugaces y episódicos. En nuestro *stock* genético lo más probable es que haya algún entronque con sangre judía y morisca en cualquier momento. Si pudiésemos desandar con visión penetrante ese largo camino, debiéramos acorazarnos contra todas las sorpresas. Nada humano puede sernos ajeno y cabe esperar cualquier cosa.

Y sobre todo, en cualquier supuesto, esta contingencia genética que soy yo es el resultado de una larguísima serie de actos instintivos de mis antepasados que son por su raíz irracionales, aunque hayan tenido algún ingrediente racional, porque, al cabo, eran hombres y mujeres, con apetitos, pero también con cierta dosis de razón.

Lo cierto es que cuando uno mira hacia atrás su ascendencia y la ve perderse sin remedio en ese magma confuso que viene a ser como una matriz genérica y oscura, comprende que lo importante es la especie, esa masa aplastante de antepasados desconocidos que obedeciendo la irracional llamada de la misma realizaron actos mínimamente controlados.

Las teogonías, la preocupación por el linaje que los antropólogos señalan en los pueblos primitivos actuales, ciertos pasajes de la Biblia, todo ello, es curioso que no se haya visto como la preocupación por perfilar y definir la individualidad presente, haciendo ciertos y singulares los pasos que llevaron hasta ella. Se entronca así con los dioses, con el totem, con los fundadores de la ciudad o con los conductores del pueblo. Porque fuera de esto, hacia atrás, todos somos cuneros, no sabemos de dónde venimos, o mejor, todos venimos de la misma masa genética confusa que se pierde en la historia y, por supuesto, en la prehistoria.

Desde este punto de vista, con este *tempo*, resultan ridículos por su breve alcance los esfuerzos genealógicos de los nobles. Pero son significativos, porque tratan de retroceder lo que pueden en ese mundo universalmente oscuro de la generación. Lo que me parece curioso es que esto se haya visto sólo en el aspecto de las consecuencias sociales y no en el de singularizar al individuo de hoy como culminación de un pasado conocido. Para él, la niebla en el camino de su pasado generacional aparece más lejos que para el hombre común. Y, por tanto, parece singularizarse respecto al *stock* de genes confusos, apoyando tal vez en esto una consciencia de superioridad, lo que vendría a constituir su consecuencia social. Lo importante no son los hechos de los antepasados, como se pretende, las *res gestas*, sino el simple y más elemental hecho de poder señalarlos, lo que lo diferenciaría. Este hecho diferencial es la clave.

Puedo verme como un pequeño brote final de un larguísimo tronco que hunde sus raíces lejos, hasta perderse en el humus genérico. Tengo que suponer que los innúmeros eventos que hayan afectado tan enorme y viejísima estructura habrán dejado alguna huella o cicatriz que estarán de alguna manera en mí, aunque sea incapaz de advertirlo. Por supuesto, las huellas genéticas: están constitutivamente en mí. Mejor sería decir que me hacen ser —biológicamente por lo pronto— el que soy.

Con el desconocido que se cruza, empingorotado o miserable, puede que tenga algún abuelo común si retrocedemos sólo cuatrocientos o quinientos años, que no son nada (ocho o diez generaciones) incluso para el *tempo* histórico.

Para los geólogos, el planeta es una masa en transformación constante: tierras que suben o bajan, montañas que se erosionan, continentes que ceden al mar o que avanzan sobre él haciéndole retroceder; temblores, volcanes que eruplan o se apagan; climas que cambian. Si pudiéramos acomodar a este ritmo nuestro latido vital y, por supuesto, la congrua duración de nuestra vida, percibiríamos lo que nuestra *vita brevis* nos hace considerar como lo más permanente, el suelo, la tierra, como algo esencialmente inestable y cambiante. Para el individuo, la tierra *es* permanente (aparte la especulación del suelo) e incluso para la especie considerada en el lapso histórico y pese a las transformaciones (posiblemente mínimas en su conjunto) que el propio esfuerzo humano introduce en ella. Aquí hay que ser un poco kantiano: el hombre capta la realidad con su propia e insoslayable categoría de tiempo y para él ésa es la realidad y no otra.

En el campo de la generación, también aplicamos un *tempo* corto, usualmente un par de generaciones, y ésa *es* nuestra realidad al respecto. Pero si pudiéramos ver nuestra estirpe, la de cada uno, en una perspectiva simultánea y a largo plazo (que sería naturalmente mucho más corto que el de los geólogos en varios millones de años) se nos aparecería como un conjunto de parejas muy heterogéneas que se entrecruzaban y reproducían hasta llegar a este producto final que somos nosotros. Como un ser vivo de múltiples ramas, que en lugar de expandirse vienen a converger en un punto: el de nuestra experiencia.

Natalidad que se pone en práctica en algunos países viene a ser resultado y demostración de ello. ¿Cuenta la especie con este comportamiento colectivo deliberado en sus planes? ¿O por el contrario el hombre irrumpe con su presunta racionalidad en los planes de la naturaleza, perturbándolos al modo que *suponemos* que lo hace respecto al medio ambiente con nuestro concepto actual de la ecología?

Lo que llamamos deterioro o destrucción del medio lo es con referencia a una concepción determinada del mismo, de lo que se ha venido considerando «natural», que en definitiva no era sino un determinado equilibrio relativo de las especies y un cierto estado del paisaje y de los recursos. ¿Qué le parecerá «natural» al hombre (o lo que sea) dentro de un milenio? El agotamiento de los recursos fue siempre relativo a la tecnología de cada momento: también se «agotaron» cuando la escasez relativa de caza y frutos obligaron al hombre cazador y recolector a inventar el sedentarismo y la agricultura.

Asimismo cabe pensar que el agotamiento de los recursos y la destrucción de la naturaleza van a operar como resortes automáticos para contener o disminuir la población en el planeta. Naturalmente, con el consiguiente sacrificio de los individuos a quienes les toque perecer o no nacer.

Por lo demás, no nos olvidemos de que estamos hablando de naturaleza y de paisaje con unos conceptos y unas imágenes literarias que todo lo más se remontan a Horacio y que en su forma actual fueron forjadas por los pintores y escritores del siglo XIX. El clasicismo del XVIII tenía, sin ir más lejos, otro concepto del paisaje y valoraba de distinto modo la naturaleza salvaje, no humanizada.

Cierto que las masas de cemento estéril y las basuras y detritos en los ríos y mares (y las mareas negras) son fenómenos que se nos imponen por sí mismos, sin necesidad de comparar con ninguna concepción del paisaje y de la naturaleza. Sin embargo, no debe perderse de vista que la actividad humana siempre violó la naturaleza en alguna medida; y que ahora, aparte de que cualitativamente la tecnología haya introducido nuevos factores, hay sobre todo una desmesura cuantitativa: también una ciudad del XVIII contaminaba lo suyo, sólo que hay diferencia entre 50.000 y 5.000.000 de habitantes. Y ahora no se tiene en cuenta que desapareció en gran parte la contaminación que llamaríamos biológica y orgánica, con los sistemas de alcantarillado y de recogida de basuras, contaminación aquélla que supuso un peligro real y continuo para los vecinos de tales ciudades. Aunque también es cierto que quienes sobrevivían se manejaban en niveles más altos de inmunidad y defensas que cualquiera de nosotros.

La ecología actual (o los movimientos ecológicos, mejor) absolutiza un tipo de «normalidad» y de naturaleza, considerando al propio tiempo al hombre como un *datum* definitivo, sin tener en cuenta sus posibilidades de transformación, ya demostradas en el pasado y, hay que suponerlo, abiertas también para el futuro. Puede reprochársele que se maneja con un *tempo* demasiado limitado, con sólo un alcance de pocos siglos. Debería ampliar su perspectiva temporal. Y perder la visión de hijo de vecino o paleta. Yo, por lo que se refiere a mis acti-

tudes de hombre de la calle, suscribo esa «normalidad» y toda la lucha por la conservación del medio ambiente, y sufro por la «destrucción del planeta». Pero al científico debiera tener un punto de vista más alto y lejano. Habría que revisar todo esto moderno de la ecología y del medio. Detrás tiene una ideología de la inmovilidad, conservadora, dando por supuesto que conoce el momento *non plus ultra*: aquel en que el cambio debe detenerse e incluso iniciarse la involución. ¿Estamos tan seguros de que sea éste el momento de la parada? ¿Es tan sincera como queremos aparentar la preocupación por los recursos de las generaciones venideras? ¿No las estaremos utilizando —¡pobres (*non natae*)!— como coartada para alguna confusa ideología? Aunque ahí siguen las torres de cemento y los peces muertos, ciertamente. Pero también están ahí los monumentos que nos llegaron de otras edades, aunque para nosotros tengan halo romántico y valor artístico, y también permanece la colina de Roma formada con los trozos de las ánforas que durante siglos sirvieron para llevar el trigo, el aceite y el vino a la gran urbe, centro de todo un mundo. Y la tremenda deforestación a que durante milenios el hombre sometió al planeta, tratando de sustituir unos recursos por otros, pero en ocasiones ni eso; simples descuidos o caprichos, o las supuestas necesidades de un estratega, hicieron arder millones y millones de árboles en múltiples ocasiones.

Julián Huxley, el biólogo, cuenta cómo el único recuerdo de los tiempos fenicios, de la antigua Tiro, en el actual Líbano, es el enorme recinto atrincherado de la ciudad: sus viejas murallas. Llegan a alcanzar 150 pies de altura en algunos puntos y están enteramente construidas a base de los desperdicios de la industria de la púrpura, con millones y millones de conchas de *murex*. La púrpura, el símbolo de la jerarquía y del poder, se obtenía de ese caracol marino, y llegó a ser el tinte más estimado en la antigüedad, a causa de ser uno de los poquísimos medios de que disponían para obtener rojos y violetas muy vivos y porque resultaba extraordinariamente fijo y estable. Algunos paños de púrpura que encontró Alejandro en el tesoro de Darío tenían 190 años y, sin embargo, no estaban marchitos ni descoloridos. Reseñando los procesos químicos que llevaban a la obtención de este tinte, Huxley indica que en las varias factorías del preciado colorante que se fundaron en el Mediterráneo debió de haber un hedor nauseabundo, y que con certeza hubieron de ser ingratos lugares de trabajo. Sin contar —Huxley no dice nada al respecto— con los destrozos que se causaran en la fauna y los fondos marinos para la captura en gran escala del precioso gasterópodo⁹. Las túnicas imperiales y las velas de púrpura de los navíos reales, como símbolos de poder, contribuyeron a cambiar el medio ambiente en proporción

⁹ J. Huxley, *De un antiguo país*, Barcelona, Editorial AHR, págs. 82 y ss.

considerable, con huellas que llegan hasta nosotros. Por lo demás, todavía en tiempos de Luis XIV, nos dicen los historiadores que el llevar los carruajes forrados de púrpura en su interior era un sólo aprecia cada uno para sí mismo, quedando siempre descontentos de cómo nos aprecian los demás. En este sentido, llevan razón quienes afirman que siempre estamos solos. La manera forzosa con que emerge nuestra singularidad individual, y su vivencia subjetiva, la hace, necesariamente y de suyo, solitaria. Aquí arraiga *la insolidaridad básica* que aqueja a las sociedades humanas.

